

# Unidad socialista

El proceso hacia la unidad socialista parece que se encuentra en el buen camino. Tal vez la necesidad de plantear una estrategia nueva con vistas a las elecciones municipales sea el reactivador de unas negociaciones que nunca se han emprendido de una manera seria y decidida. Lo cierto es que tanto Felipe González como Tierno Galván han manifestado públicamente ahora su buena disposición para iniciar las negociaciones.

El hombre de la calle no comprende bien, ni nunca ha comprendido, las razones de que existieran dos partidos, el PSOE y el PSP, con claras coincidencias ideológicas e incluso programáticas. La escisión es perfectamente explicable durante la dictadura en la que la clandestinidad impedía en muchas ocasiones el contacto directo y cada grupo político tenía que esforzarse por sobrevivir a la persecución policial y a una legislación que los consideraba como delincuentes. Pero el panorama ha cambiado completamente en esta etapa predemocrática.

Para la estabilidad de nuestro futuro político necesitamos de partidos fuertes y coherentes, que acierten a recoger los deseos y aspiraciones de una parte importante de la opinión pública. Es preciso desterrar los personalismos y dar entrada al poder popular, a la base, también en los partidos. Las partes han de estar en fun-

ción del todo. Si las células del organismo político no son democráticas tampoco lo será, en definitiva, el aparato del Estado. Por eso todo el proceso hacia la unidad debe ser realizado sin forzar los sentimientos de los militantes de base. Todos los acuerdos deben contar con el consenso de los que se proclaman socialistas. Creemos que, en este caso concreto, resulta fácil detectar la fuerza del movimiento unitario entre los afiliados. El Partido Socialista Popular de Tierno Galván puede aportar al Partido Socialista Obrero Español un cuadro dirigente e intelectual muy valioso para un partido que es ya una clara alternativa al poder; el PSOE, a su vez, ofrece al PSP una clientela electoral y una organización que se extiende por toda la geografía española. Todos saldrán ganando con la unidad. Nadie se verá obligado a renunciar a ninguna ideología.

El proceso unitario del socialismo español, que debería afectar también a otros grupos que se proclaman socialistas, será útil para la consolidación de la democracia, no sólo para las fuerzas políticas directamente interesadas en el mismo. Y también servirá para diferenciar a los que son socialistas de verdad de quienes se sirven de esta etiqueta como de una mera marca comercial para engañar a la clientela electoral.



## buenos días

### LAS DICTADURAS

El ministro Oreja no ha sido abucheado en Estrasburgo como algunos medios han informado al dar razón de su presencia e intervención en la asamblea parlamentaria del Consejo de Europa. No. En tan histórica y trascendental circunstancia, el primer acceso de nuestro país a tan alta Cámara, el ministro Oreja se ha limitado a explicar las razones por las que el Gobierno español no condenó al régimen chileno en la ONU.

Por el momento, los parlamentarios europeos ya no llevan esa ventaja: a nosotros nadie nos ha explicado todavía las razones de tan pintoresca abstención. Sabemos que Chile es uno de nuestros primeros clientes exteriores, que hay allí importantes intereses bancarios e industriales en juego y que la economía extiende sus tentáculos a la política; pero lo sabemos por libre, como quien acude a examinar sin haber escuchado las lecciones del profesor, con una cierta duda.

En Estrasburgo no abuchearon a Oreja. Ni a Pinochet. Lo grave está, además de en el fondo de

la cuestión, en el fariseísmo de quienes ahora se rasgan las vestiduras ante la actitud de nuestro ministro de Exteriores. La dictadura de Pinochet, execrable, no es muy distinta de la soviética, por proponer sólo otro ejemplo de países dictatoriales con los que mantenemos relaciones diplomáticas. ¿Las dictaduras de izquierda son más democráticas que las de derecha?

En esto de la interpretación internacional se ven muchos plumeros. Hay muchos intereses en el juego y siempre se termina manipulándolo todo. Como aquí mismo dice el Gobierno español debió repudiar el régimen de Pinochet en la ONU aunque sólo fuera para no convertirse en excepción occidental. Quienes ahora se rasgan las vestiduras en el gozoso día en que España vuelve a Europa por la vía parlamentaria, han olvidado en sus referencias subrayar lo que dijo el Presidente de la Asamblea, Cernetz, al destacar que el Consejo de Europa no hace distinciones entre unas y otras dictaduras. Todos son iguales y por lo mismo condenables.

MARTIN FERRAND

# Las elecciones sindicales

por JORDI SOLÉ-TURA

Después de las elecciones legislativas del 15 de junio, España está viviendo una segunda gran contienda electoral, tanto o más importante que aquella. Me refiero a las elecciones sindicales.

Si las elecciones del 15 de junio se celebraron en el marco de un sistema que todavía seguía siendo el de antes en lo fundamental, las actuales elecciones sindicales también se están realizando con graves dificultades y limitaciones.

Tras haber impedido y obstaculizado que prosperasen las proposiciones de ley sobre acción sindical en la empresa y sobre el código de derechos de los trabajadores, presentados por los diputados socialistas y comunistas en el Congreso, el Gobierno se ha sacado de la manga un proyecto particular de acción sindical que todas las fuerzas sindicales consideran inaceptable.

De hecho, el Gobierno de UCD ha intentado hasta el último momento fomentar su propio sindicalismo amarillillo y dividir al máximo a los trabajadores. Estas elecciones se celebran con una normativa establecida por el propio Gobierno, con un propósito de división radical entre trabajadores y técnicos. El patrimonio del antiguo sindicato vertical —creado con el dinero de los trabajadores— sigue en manos del Gobierno, a la espera de unos resultados que le permitan seguir controlándolo. Y con el proyecto de acción sindical ya citado, intenta ahora que las elecciones se celebren en un clima de desorientación y de inseguridad. No es casual que en pleno desarrollo de las elecciones el Gobierno anuncie la promulgación de medidas de «flexibilización de planti-

llas», es decir, de despido libre.

Ha sido ese peligro de «amarillismo» fomentado desde el Gobierno lo que ha hecho sonar la alarma entre los trabajadores. De hecho ese peligro plantea con renovada urgencia la cuestión capital de las elecciones sindicales, es decir, la cuestión de la unidad de los trabajadores.

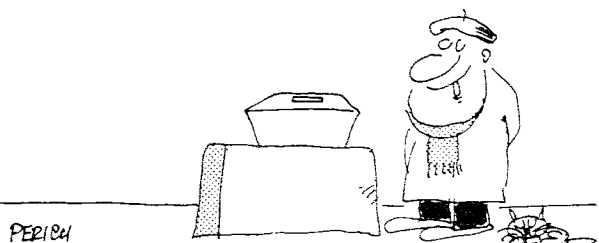
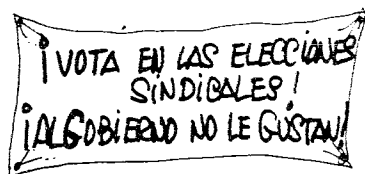
Las elecciones tienen que servir para dar a la clase obrera una organización sindical y una fuerza representativa que hasta ahora no han tenido o han tenido de manera desigual.

Pero tienen que servir, sobre todo, para conseguir y reforzar su unidad. Una clase obrera desunida, dividida en varios sindicatos enfrentados entre sí, no conseguirá ganar las múltiples batallas sindicales y políticas que tiene que librar, no conseguirá salir con bien de la actual crisis económica, no conseguirá ocupar el espacio de poder que hoy ya podría —y debería— ocupar en nuestro país.

Por eso me parece nefasto plantear las elecciones sindicales como una opción entre centrales sindicales enfrentadas. Decir que se vote a una central «socialista» contra otra central «comunista», no sólo es una simplificación inadmisiblemente sino que es desentenderse del problema principal y dejar en segundo plano la cuestión decisiva de la unidad.

Ese planteamiento se hace pensando más en propiciar el bipartidismo como sistema político y en ayudar a la famosa alternativa de poder de que hablan los dirigentes socialistas que en conseguir la unidad de los trabajadores.

Esa cuestión estaba ya en el fondo de la polémica sobre listas cerradas y



listas abiertas de hace algunos meses. Yo creo que votar listas cerradas era enfrentar a dos siglas para conseguir el predominio de una de ellas sobre las demás. En cambio, votar listas abiertas significaba votar a los dirigentes más destacados de cada empresa, los hombres y las mujeres forjados en la lucha, independientemente de si son socialistas, o comunistas o cristianos o anarquistas, etc.

El tema se plantea ahora con renovada fuerza y actualidad. Lo que debería salir de esas elecciones sindicales es una organización sindical fuerte, unida y representativa en cada empresa y en cada ramo. Aunque ahora se esté votando a centrales sindicales, hay que poner el acento en la unidad, en lo que une y no en lo que separa. La fuerza de los trabajadores no les vendrá por la vinculación directa de una central sindical a un partido político.

El sindicato debe ser independiente y tener su esfera propia. La relación con los partidos obreros, socialistas y comunistas, es indispensable, pero no se ha de establecer por vía de vinculación directa y mecánica, como una correa de transmisión.

Por eso me parece peligroso caer en la trampa del sindicato «socialista» contra el sindicato «comunista». Y digo trampa porque esto significaría establecer una división radical y buscar la consolidación de una en detrimento de la otra, cuando de lo que se trata es de poner el acento en la unidad, en la independencia del sindicato, en la superación de las divisiones y en la conquista de una representación sindical fuerte y unida en cada empresa y en cada ramo. A los trabajadores les corresponde decidir dónde está su verdadero interés.